

La victoria estratégica

La retaguardia rebelde

(Capítulo 15)

RESULTA OBLIGADO DEDICAR, en este recuento de la gran ofensiva enemiga, un capítulo al funcionamiento del dispositivo de retaguardia de nuestra acción militar, pues su actividad fue, sin duda alguna, una de las razones de nuestra victoria.

Ya dije antes que en la labor de retaguardia fue decisivo el papel desempeñado por Celia. Gracias a ella y a sus colaboradores, yo pude despreocuparme muchas veces de esos miles de detalles que coadyuvaban al mejor desempeño de nuestras unidades en el plano militar, y concentrar mi atención en los aspectos estratégicos y tácticos de la operación.

Un problema esencial que debía resolver nuestro aparato de retaguardia, quizás el más importante, era el de garantizar los suministros necesarios para apoyar, tanto la acción militar —armas, balas y otros pertrechos de guerra—, como los alimentos y otros bienes —ropa, calzado y equipos.

En el caso de las armas, no era tanta mi preocupación. La vida y la experiencia de la lucha en la Sierra habían demostrado, y lo hacían todavía de manera más clara durante la ofensiva, que el principal suministrador de armas de todo tipo era el enemigo, al que se las arrancábamos en combate.

Después de las acciones de la primera Batalla de Santo Domingo, incrementamos de manera considerable nuestro arsenal, de nuevo aumentado sustancialmente tras la victoria en Jigüe y en las acciones finales de nuestra contraofensiva. No era, por tanto, la obtención de armas un asunto de prioridad para nuestra retaguardia.

No obstante, como nunca estaba de más cualquier ayuda en ese sentido, no dejé de insistir a nuestras organizaciones en el exterior para que continuaran los esfuerzos por conseguir armas y pertrechos. Pensando en recepcionar las que nos llegaran por esa vía, habíamos habilitado la pista aérea llamada Alfa en el río La Plata. Incluso, llegué a advertirles que, en el caso de que Alfa fuese tomada por el Ejército de la tiranía, siempre cabía la posibilidad de continuar los envíos de armas por paracaídas sobre algún punto de la montaña no dominado por el enemigo. La realidad, sin embargo, fue que durante toda la ofensiva no recibimos ningún otro envío de armas del exterior. Fue suficiente con las que conquistamos en combate.

En sentido general, tampoco era de gran preocupación obtener balas, pues también nuestro suministrador principal era el enemigo. Sin embargo, para mí, sí era fundamental la cuestión del ahorro de esas balas. A lo largo de estas páginas hemos visto la importancia que yo concedía al tema del ahorro del parque, y la gran irritación que me producía el gasto excesivo e inútil de balas que, en ocasiones, realizaban algunos combatientes.

El 5 de junio, por ejemplo, le escribí a Celia:

Creo que los planes de defensa han sido adelantados bastante. El problema que me preocupa mayormente hoy por hoy es que la gente no acabe de darse cuenta [de] y que en un plan de resistencia continua y escalonada, no se puede tirar en dos horas las balas que deben durar un mes. Lo único que me queda por hacer es guardar bien las que me quedan y no dar una bala más a nadie, hasta que no sea ya cuestión de vida o muerte porque realmente no le quede a nadie una bala. ¿Recuerdas el día que íbamos a ver a Horacio [Rodríguez] el segundo día de combate en las Mercedes, que escuchamos fuego de fusiles? Pues bien: en esos 15 minutos solamente, Raúl



El destacado guerrillero El Vaquerito.

Castro [Mercader] tiró 80 balas con su fusil. Yo no me canso de insistir en ese problema que es realmente nuestro talón de Aquiles.

A tal punto llegaba mi obsesiva atención al asunto, que determiné crear en La Plata una reserva central de balas manejada personalmente por mí. Una de las funciones que cumplió Ramiro durante buena parte de la ofensiva fue la de ser el administrador de esta reserva, con instrucciones expresas de no entregar nada sin mi autorización. Esta tacañería mía no era comprendida por todos los jefes subalternos, pero muchos otros, como el Che, estaban conscientes de que esta extrema austeridad en el caso del uso del parque era una política necesaria.

En estas páginas he citado la preocupación que al respecto manifestaba, por ejemplo, Braulio Curuneaux, quien con frecuencia me daba parte de la cantidad exacta de balas utilizadas en un combate y, con mucha precisión, de las que le quedaban. Y eso que Curuneaux, magnífico combatiente y maestro en el uso racional y efectivo de la ametralladora calibre 50 —nuestra única “artillería” hasta que no conseguimos morteros y bazucas— en muy contadas ocasiones no fue ejemplo de ahorro estricto del parque de su arma.

Donde debía lucirse nuestra retaguardia era en garantizar otros suministros, sobre todo, alimentarios.

Ya dije que, en previsión de la ofensiva, creamos en el barrio de Jiménez, cerca de La Plata, en la finca del colaborador Radamés Charruf, una fábrica de carne salada. La tasajera de Jiménez, bajo la dirección del combatiente Gello Argelís, funcionó durante toda la ofensiva, incluso cuando la penetración desde el Sur, del Batallón 18, condujo al enemigo muy cerca de Jiménez. Mediante una constante selección y transportación de ganado bajo los bombardeos y la metralleta de la aviación enemiga, la producción y el suministro de carne salada a nuestras fuerzas en las primeras líneas de combate nunca faltó.

Otro tanto puede decirse de la producción de queso, organizada por Celia en diversos puntos del territorio, y su distribución entre nuestros comba-

tientes. Un ejemplo de la flamante producción láctea queda de manifiesto en este mensaje que le cursó Celia el 12 de julio, desde el alto de Cahuara, a Ramón Paz, quien en ese momento estaba posicionado en Purialón, en espera de la llegada de los refuerzos que debían ir a socorrer a la tropa enemiga sitiada desde el día anterior en Jigüe:

Ahí le manda el Comandante ese queso y cigarros para usted y Orestes [Guerra]. Aunque sabemos que se abastecen por allá y malamente, igual aquí, pero así la vamos pasando. Queremos que participen del primer queso de la quesería nuestra.

También de los días de la Batalla de Jigüe, e igualmente referido a la leche, es este otro ilustrativo mensaje de Celia a Curuneaux, quien en ese momento estaba en la primera línea de combate del cerco a la tropa sitiada en ese lugar:

A usted y al guardia herido les mandé leche, para usted dos [latas]. [...] Aquí me quedan tres latas que las he guardado, una suya mañana y dos de los heridos; esto para asegurar porque yo mandé a buscar y me debe llegar leche esta tarde, entonces mañana le mandaría más. Pero si no llega le tengo aunque sea una separada.

Gracias a la administración de Celia y a su manejo riguroso y organizado de los suministros, nuestros escasísimos recursos fueron distribuidos de acuerdo con las prioridades de cada momento.

Y ya que he mencionado las latas de leche condensada, debo decir que dentro de nuestros limitados abastecimientos alimentarios este era uno de los artículos que recibían un tratamiento especial. La leche condensada, por su valor energético y su gusto tan apreciado, era para nosotros un producto de lujo, y su distribución estaba sujeta a mis indicaciones personales. Un ejemplo: en previsión de la dura caminata que tendrían que realizar los hombres de Lalo Sardiñas desde los alrededores de Santo Domingo —cuando le ordené a Lalo trasladarse sin pérdida de tiempo a Meriño para completar el cerco a la tropa que había penetrado en ese lugar—, le envié a Celia la indicación expresa de que entregara a cada uno de los hombres del pelotón de Lalo dos latas de leche condensada. Sin esta indicación personal mía, cero leche condensada para los abnegados combatientes del pelotón de Lalo.

Otro producto estratégico que nuestra retaguardia debía asegurar era la sal. La necesitábamos, no solo para el consumo normal de nuestras tropas, sino también para el funcionamiento de la tasajera e, incluso, para la actividad de una fabriquita de cuero que también llegamos a instalar. Como se recordará, en previsión a la ofensiva, Celia había organizado una producción suficiente de sal en varios puntos de la costa. Algunas de estas salinas artesanales, cercanas a las desembocaduras de los ríos La Plata y Palma Mocha, tuvieron que ser abandonadas tras el desembarco del Batallón 18 en esa zona, pero otras, como las de Ocujal, La Magdalena, El Macho y El Macío, se mantuvieron funcionando durante toda la ofensiva, y cubrieron nuestras necesidades básicas. Fue otra proeza de la retaguardia.

Sin embargo, no siempre las cosas funcionaron como deseábamos. La movilidad requerida para poder atender cabalmente el desarrollo de las operaciones o dirigirlas, como en el caso de la Batalla de Jigüe, supuso para nosotros, desde el punto de vista de las condiciones materiales que rodeaban al dispositivo de la Comandancia rebelde, el regreso, en ocasiones, a situaciones características de los primeros meses de la guerra. Nunca fue esto más evidente que durante los 11 días que permanecí en